

LOS SOCIALISTAS Y LA OPOSICION

ROXIMA a cumplirse la mitad de su mandato constitucional, el Gobierno de los socialistas ha experimentado una visible erosión en el crédito político que recibió el 28 de octubre del 82. Así lo revelan las pocas encuestas o sondeos fiables de que hay noticia pública, y lo confirman una impresión bastante generalizada entre la opinión más ilustrada, junto con ciertas operaciones de cobertura política que se realizan desde el propio Gobierno y sus zonas de influencia, al mismo tiempo y en todas direcciones. Ejemplos de ellas son las declaraciones del propio presidente acerca de la OTAN y de la CEE, el constante *stop-and-go* de la política de educación y el zigzaguo a que están sometidos, desde hace dos meses, las directrices de la economía, debatiéndose infructuosamente entre la lucha contra la inflación y contra el déficit presupuestario, y los intentos de reactivar la vida de los negocios y fomentar la creación de empleo.

No es preciso recorrer los distintos sectores de la Administración para probar, con una muestra más amplia, algo evidente para personas políticamente experimentadas. Bastaría añadir las difíciles relaciones del Gobierno nacional con los de las Comunidades autónomas históricas, el malestar de la mayoría de los funcionarios, especialmente agudizado en los cuerpos llamados superiores, y el enfrentamiento de los poderes públicos que ha engendrado el proyecto de ley judicial, que las autoridades socialistas tratan de afinorar sembrando la discordia en las filas de la magistratura.

En torno a éstos y otros problemas irresueltos o de nueva creación hay que hacer, a mi juicio, dos reflexiones.

La primera es que la mayor parte de los proyectos socialmente conflictivos que ha llevado adelante o se propone realizar el Gobierno responden a conceptos básicos de la ideología del partido socialista. No son una mera coartada para eludir sus responsabilidades por no haber dado cumplimiento a los puntos más vistosos de su programa electoral, como los ochocientos mil empleos y la salida de la OTAN.

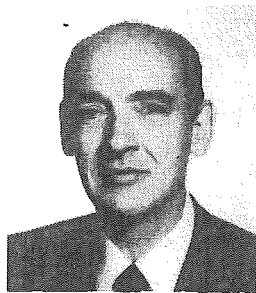
La filosofía política socialista española conduce a un estado aparentemente federal, pero fuertemente centralizado merced a la presencia en todos los escalones del poder de un partido hegemónico y enérgicamente disciplinado, tanto por su capacidad de represalia contra los eventuales rebeldes, como por la escasa autonomía económica y profesional de los principales miembros de su aparato.

Igualmente postula una sociedad colectivista y anti individualista, en la que la marea igualitaria ahoga los principios del mérito y de la capacidad, así como los estímulos que movilizan la competitividad y, por tanto, la creación personal en los diversos órdenes de la vida.

Aplicando el uso alternativo del Derecho y arropado por la aplastante mayoría coyuntural obtenida el 28-O, el Gobierno socialista es consecuente con su filosofía política al pretender uniformizar el país, rebajando los niveles hasta abarcar por igual al mayor número posible de ciudadanos desde la cuna a la sepultura, con una escuela única, un empleo burocratizado, una fiscalidad confiscatoria, una administración politizada, una cultura empobrecida, y un presente sin pasado que lo explique o del que se sienta solidario.

En definitiva, un socialismo democrático, que viene a ser un 1984 orwelliano con rejas de papel, y un Procuro que adormece dulcemente a sus huéspedes antes de ajustarlos a las medidas del lecho.

La segunda reflexión es que la realidad política que se acaba de



ANTONIO
FONTAN

describir en las líneas precedentes se oculta a la mayoría de los votantes socialistas del 82. Los que en número más reducido la conocen o al menos la vislumbran, están simplemente desorientados, refugiándose casi todos ellos en el «*no sabe, no contesta*» de los sondeos de opinión.

Ignorar esa realidad desde las filas de la oposición equivaldría a «*pintar como querer*» y a ser inoperantes en la vida política. Será muy laboriosa la tarea de ganarse la confianza del millón de votos socialistas de octubre que habrían de engrosar las filas de las opciones, o de la opción democrática útil, para que la convirtiera en mayoría o en la minoría mayoritaria que pudiera gobernar en 1986. Lo cual, a mi juicio, obedece a dos motivos principales y uno más de carácter transitorio, respecto de los que los grupos centristas de la oposición tienen un papel significativo que desempeñar.

En primer lugar, la «derecha-derecha» española es más numerosa y mucho más «derecha» que su homóloga francesa, por lo que resulta más difícil compaginar sus aspiraciones con los sectores de opinión más evolucionados y progresistas.

Por otra parte, desde la oposición no se ha estudiado suficientemente la evolución mental y social de España en los últimos veinte o veinticinco años, que es la aparente novedad que ha emergido con el reinado de la libertad y de la democracia al fin del régimen anterior.

Además, la actual oposición democrática, principalmente integrada por AP, quedó tan sorprendida en 1982 por la cantidad de votos que lograron sus candidaturas, como los socialistas por lo abultado de su victoria. Ha habido muchas gentes en Coalición Popular que se sintieron muy satisfechas por los resultados obtenidos el 28-O y que han tardado en darse cuenta de que habían perdido las elecciones. Quizá todavía queden algunos sumidos en esta deliciosa ignorancia.

Si los grupos menores de la oposición fueran capaces de sumarle lo que fue voto centrista —UCD y CDS— del 82, las candidaturas de la oposición habrían ganado dos millones de votos, alcanzando la cifra total de siete y medio. Sería suficiente entre medio y un millón de votos más, traídos del PSOE del 82, para que la situación se hubiera invertido, con tal de que esa oposición unida mantuviera unas vías de entendimiento y colaboración con las minorías nacionalistas de Cataluña y de Euskadi, que en las elecciones de este año han superado las cifras de las últimas generales.

A derecha sola no basta. Hay que saber que España ha cambiado mucho y muy profundamente. Los desplazamientos de la población dentro y fuera del territorio nacional; la desaparición del analfabetismo en las generaciones jóvenes; la transición de los trabajadores desde el sector primario a los otros dos, y al que se empieza a llamar el cuarto; la conciencia de la propia individualidad y de sus derechos personales y ciudadanos frente a cualquier clase de poder político o social; la progresiva secularización de la vida en general, acompañada por un creciente respeto, cada vez más extendido, a la conciencia de los demás; el sentido de la libertad, cuya promoción en el orden particular y en el público es hoy una especie de pasión nacional; la evolución de las costumbres y la pérdida de vigencia de valores antes venerados, etc, etc.

Todo lo cual tal vez no sea socialmente positivo en varios aspectos. Pero es. Desconocerlo sería estrellarse contra un muro.